

MESA 13:

HISTORIA E HISTORIOGRAFÍA DE CUBA. DE LOS MOVIMIENTOS ANTIESCLAVISTAS A LA REVOLUCIÓN HOY

Coordinadores: Adriana RODRÍGUEZ Y Gustavo GUEVARA

Título de la ponencia: **Las huelgas generales en Cuba en los años '30. Registro historiográfico del ciclo revolucionario**

Apellido y nombre del/a autor/a: **GUEVARA, Gustavo Carlos**

Pertenencia institucional: **Cátedra Problemas Latinoamericanos Contemporáneos (FFyL – UBA) y Centro de Estudios sobre América Latina Contemporánea (FFyA - UNR)**

Documento de identidad: **DNI 16.491.314**

Correo electrónico: **guevarapons@arnet.com.ar**

Autorización para publicar: **SI**

Las huelgas generales en Cuba en los años '30. Registro historiográfico del ciclo revolucionario.

Dr. Gustavo C. Guevara
(UBA – CEALC/UNR)

La huelga general de marzo de 1930 puede ser considerada como la primera gran batalla contra el gobierno dictatorial de Gerardo Machado. El movimiento huelguista de 1933, y en particular la huelga general de agosto de aquel año, se convierte en una clara expresión del ascenso revolucionario de las masas que conduce al derrocamiento de Machado y su huida de la isla. Desde fines de 1934 recrudescen una nueva ola de paros y movilizaciones que desemboca en la huelga general de marzo de 1935, esta demostración de fuerza del movimiento obrero es sangrientamente reprimida por la reacción, ahora encabezada por Mendieta y Batista. Las huelgas generales de: 1930, 1933 y 1935 jalanan

distintos momentos de ese ciclo revolucionario que se abre entonces con el enfrentamiento a Machado, se profundiza con la caída de su gobierno y se cierra con la suspensión de la Ley Constitucional, la declaración del estado de guerra y la creación de los Tribunales de defensa Nacional.

Por una cuestión de espacio en la presente ponencia nos proponemos circunscribirnos al estudio y análisis de diversos relatos históricos que abordaron el desarrollo de las luchas de masas en los primeros años de la década del treinta en Cuba, de manera más específica nos interesa concentrarnos en las lecturas hechas desde el discurso historiográfico sobre la huelga general de agosto de 1933 y la caída de Machado.

1.

El 20 de mayo de 1925 asume como quinto presidente de la República de Cuba: el general Gerardo Machado. En la campaña electoral, este veterano de la guerra de la independencia y líder del Partido Liberal proclama la necesidad de la “regeneración” política y moral, siendo su consigna de campaña: “honradez, carreteras y escuelas”. Opositores como José Enrique Varona no tardan en caracterizar a la política del régimen machadista en términos de “pretorianismo”, dado que la conducción militar con la excusa de moralizar la administración pública subordina al orden civil. También se levantan voces de aprobación y se publican panegíricos como el libro: Biología de la democracia.

Una asamblea constitucional prorroga el mandato presidencial de cuatro años a seis, con el argumento de evitar la figura de la reelección. En 1928 el Congreso aprueba una ley de emergencia que permite sólo a los partidos: Liberal, Conservador y Popular postular candidatos a presidente. A la sazón todos estos se pronuncian por la figura de Gerardo Machado, que consigue sin oposición electoral un nuevo mandato. El régimen machadista se sustenta en una especie de partido único, apelando al reparto cooperativo de los cargos públicos, que se combina con una férrea represión hacia las distintas expresiones disidentes.

Sin embargo, a partir de la caída de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1929 nuevas dificultades económicas, sociales y políticas se anuncian al gobierno de Machado. Los precios internacionales del azúcar comienzan a disminuir sensiblemente y también descende el volumen de producción, otro tanto ocurre con el tabaco.

Cuba decreta la suspensión de la restricción de la zafra, en el mismo año que Wall

Street se convierte en el epicentro de una crisis capitalista que adquiere dimensiones mundiales. Los hacendados cubanos, bajo el auspicio del gobierno, habían organizado la Agencia Cooperativa Exportadora de Azúcar con el objetivo de comercializar los excedentes de la zafra de 1929, así como la producción de 1930. Los banqueros de Nueva York comunican a las compañías azucareras que restringirán el crédito hasta tanto se despejen las incertidumbres que se han adueñado del mercado. El abogado norteamericano T. L. Chadbourne elabora un plan de estabilización del precio del azúcar. Se propone entonces abandonar el *laissez faire* y establecer un acuerdo con los distintos países abastecedores de azúcar del mercado norteamericano y fijar para cada uno de ellos una cuota. Para el caso de Cuba esta sería de 2.800.000 toneladas.

De acuerdo con el Plan Chabbourne, Cuba pasó a limitar su producción obteniendo una zafra en 1931 de 3.120.000 toneladas, cifra sensiblemente inferior a los más de cinco millones registrados en 1929. Sin embargo los precios continuaban cayendo, en 1931 por libra se abonó 1,37 centavos, al año siguiente 0,87 centavos y 1,13 centavos en 1933. En 1932 se pone en funcionamiento el Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar (ICEA), concebido como un organismo autónomo integrado por delegados del gobierno y representantes de la Asociación de Hacendados y Colonos.

Indicadores de la crisis económica y social como la desocupación masiva y la caída de los salarios, erosionan la “popularidad” de Machado e incentivan la lucha abierta contra el gobierno. El movimiento obrero multiplica su activismo, los estudiantes se convierten en referentes de la lucha antidictatorial y la apelación al uso de la violencia se generaliza en los grupos opositores. Fuerzas políticas tradicionales, como las lideradas por Mendieta y Menocal, con fuertes lazos con la embajada de los Estados Unidos, se alzan en contra de Machado, sin contar con un respaldo de estos. Un nuevo agrupamiento, el ABC, integrado por profesionales y sectores de clase media encabezado por el abogado Joaquín Martínez Sáenz se suma a la oposición, constituyendo una organización secreta que contempla el uso de métodos violentos.

El arco político opositor al gobierno es amplio, y esta actitud se paga muchas veces con la propia vida. En la primera línea de fuego se encuentra el Directorio Estudiantil Revolucionario, que ve caer a uno de sus integrantes, Rafael Trejo, por las balas de la policía; pero también otras organizaciones como la Unión Nacionalista son alcanzadas por

la represión. El Capitán Arturo del Pino cayó bajo las balas de un centenar de policías, no sin antes resistir durante varias horas. Las diferencias en el campo opositor y la brutal represión garantizan a Machado su permanencia, pero a inicios de 1933 el nuevo presidente electo de los Estados Unidos, Franklin Delanno Roosevelt, formula la nueva política exterior de “buena vecindad” de la administración demócrata. Benjamín Summer Welles arriba a la isla como embajador extraordinario y no demora en ofrecerse como “mediador” entre gobierno y oposición. Su objetivo es generar un nuevo equilibrio de poder, que evite un desborde revolucionario y resguarde por lo tanto los intereses norteamericanos en la isla.

El Directorio Estudiantil Universitario declina “*cortésmente la invitación*”. El movimiento estudiantil es un sector que reconoce una larga tradición de lucha, sus mártires se remontan a 1871, cuando fueron ejecutados siete estudiantes universitarios por defender la causa independentista. Cuando llegan a la Universidad de La Habana los ecos de Córdoba de 1918, se suman entusiastas al movimiento de reforma universitaria y en 1923, el peruano Haya de la Torre, presidente de la federación estudiantil del aquel país, visita La Habana y participa de la apertura de la Universidad popular José Martí. En compañía de integrantes del Directorio Universitario recorre las instalaciones del periódico universitario El Universal y formula una serie de declaraciones en la línea de lo que irán constituyendo alguno de los puntos básicos del Alianza Popular Revolucionaria Antiimperialista: 1) la idea de la unidad continental, confluyendo el sueño de Bolívar y Martí, 2) protagonismo de la juventud, 3) desilusión frente al liberalismo burgués y reivindicación del antiimperialismo, 4) necesidad de la revolución social, 5) la unidad obrero-estudiantil como motor de la acción y 6) acentuación de las virtudes morales de los hombres a realizar la revolución. Julio Antonio Mella, el principal dirigente estudiantil y fundador en 1925 del primer Partido Comunista de Cuba, acompaña también a Haya de la Torre y reivindica la consigna “¡Proletarios del Universo, uníos y estudiad!”. Su formación marxista lo lleva a que más adelante escriba un folleto específico: ¿Qué es el ARPA? para refutar a Haya de la Torre.

Los estudiantes universitarios participan cotidianamente de la discusión sobre la vida de las altas casas de estudio y se ligan a estudiantes de otras partes de América Latina. En México José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública, organiza el Congreso de

estudiantes universitarios, en el que se hará presente la delegación cubana. Pero también asumen los problemas centrales del país, el 14 de julio de 1925, en homenaje a la toma de la Bastilla, organizan una concentración que sirve para motorizar la Liga Antiimperialista de Cuba. Por tanto el objetivo del movimiento estudiantil no está acotado a una reforma administrativa de los claustros universitarios, sino que se proyecta extramuros y reclama alumbrar una “nueva Cuba”, en la que haya desaparecido la corrupción política y la tutela de los Estados Unidos. Se retoman los ideales de José Martí.

No es sorprendente entonces que dejen plasmado en un Documento que se reparte en forma de volante el rechazo a la mediación propuesta por el Embajador de los Estados Unidos ya que implica tácitamente una injerencia de aquel país en los asuntos internos de Cuba, menoscabando el derecho a la autodeterminación que tiene el pueblo de la isla. Sin desconocer la existencia de la Enmienda Platt y sus alcances afirman: *“Que los constituyentes de 1901 prefieran una república hipotecada a no tener república, no nos impide a nosotros rebelarnos contra esa negación de nuestra soberanía y contra todo acto que en esa negación se fundamente. Si nuestra lucha del mañana ha de contar entre sus capitales objetivos la anulación de ese tratado, sería inmoral por nuestra parte escudarnos ahora en él.”*

Tampoco se suman los comunistas a las negociaciones promovidas por este nuevo “procónsul del imperialismo yanqui”, en este caso por haber sido excluidos. Por entonces el Partido Comunista se encuentra encuadrado en los dictados fijados por la III Internacional en su “tercer período”.

Machado no tarda en percibir que en este nuevo esquema, el no tiene cabida y convoca al Congreso a resistir contra la injerencia extranjera representada por el papel que está cumpliendo Summer Welles. Mientras la mediación avanzaba en la dirección indicada, *“un acontecimiento inesperado – afirma Luis Aguilar, catedrático de la Universidad de Georgetown- alteró la situación drásticamente. El día 4 de agosto una pequeña huelga de conductores de autobús se convirtió en una huelga general que paralizó La Habana. Machado llegó a un acuerdo con los líderes comunistas para que le ayudaran a romper la huelga, pero antes de que pudieran entrar en acción, una radio clandestina anunció que el presidente había dimitido y las multitudes se echaron jubilosamente a la calle.”*

En este relato de Aguilar aparecen valoraciones sobre tres tópicos que han sido, y

son, materia de controversia de distintas visones historiográficas: 1) referido al carácter de la huelga general (organizada o espontánea, económica o política, reformista o revolucionaria, etc.), 2) la insidencia de esta en la caída de Machado y 3) la existencia, o no, de un pacto entre Machado y los comunistas.

2.-

El ciclo revolucionario correspondiente a la primera mitad de los años 30 ha recibido atención de numerosos autores, desde los contemporáneos a los sucesos como Enrique Lumen con su crónica publicada en México en 1934 hasta la más reciente biografía de Antonio Guiteras escrita por Paco Ignacio Taibo II. El período fue motivo de atención de Coloquios Internacionales como el organizado en 1980 por el Centre Interuniversitaire d'Études Cubaines y la Universidad de la Sorbonne-Nouvelle, Paris III. Intelectuales destacados de la isla también se ocuparon del tema en como por ejemplo: Fernando Martínez Heredia o Lionel Soto,

Dado el acotado espacio con que contamos nos vamos a concentrar en aquellas miradas y aportes que focalizaron en el papel del movimiento obrero y la huelga general en Cuba en los primeros años de la década del '30.

Robert J. Alexander, consideramos que es un buen punto de partida, pues al redactar en 1965 el Prólogo de su obra: *El movimiento obrero en América Latina* el mismo advierte sobre la escasez de trabajos académicos previos referidos a esta problemática. *“Cuando inicié mis investigaciones -afirma- en este terreno no existía virtualmente ninguna obra impresa en inglés acerca de este tema”* y más adelante agrega que *“la mayoría de las cosas que se dicen o se escriben acerca de América Latina, o están equivocadas o fuertemente predisuestas e un modo u otro”*. Simpatizante del “Obrerismo Libre” encarnado y propalado por la AFL-CIO, su obra, junto con otro trabajo pionero como el de Victor Alba, fue una referencia obligada durante varias décadas. El capítulo XIII está dedicado al movimiento obrero en Cuba.

Alexander señala que en las dos últimas décadas del siglo XIX el primer sector que se sindicaliza es el de los trabajadores del tabaco. De manera más precisa podemos agregar que en 1866, en la ciudad de La Habana, se funda la Asociación de Tabaqueros logrando introducir en los talleres el sistema de lecturas, tanto de noticias como de obras diversas.

Tras la declaración de la independencia se multiplican especial y sectorialmente las agremiaciones de asalariados. A los trabajadores del tabaco se le suman los obreros ferroviarios y marítimos, dos sectores claves del área del transporte de una economía primaria exportadora. Nuestro autor destaca el vínculo en 1917 de la American Federation of Labor con los ferroviarios de la isla, pues esta relación bloquea el intento de las compañías norteamericanas de introducir esquiroleros durante la huelga de aquel año.

En 1924 se funda la primera central obrera, la Confederación Nacional Obrera Cubana (CNOC), orientada en principio por elementos anarcosindicalistas. Recordemos que a principios del siglo XX pasa por La Habana Enrico Malatesta, a quien el gobernador hace saber que es considerado una persona no grata. En la segunda década se difunde el semanario de orientación anarquista: “¡Tierra!” en el que colaboran libertarios españoles como Alberto Saavedra y Francisco González Solá e intelectuales cubanos como Ferrara y Eusebio A. Hernández. Las obras de Eliseo Reclus y Pedro Kropotkin circulaban en la isla a través de las ediciones de la Biblioteca Blanca que dirigía Blasco Ibáñez en la península ibérica. Sin embargo esta difusión de las ideas anarquista no llevo a la elaboración de un pensamiento original, como el que se conoce en otras latitudes. Al respecto estamos pensando en figuras originales como Rafael Barrett en el Río de la Plata o Ricardo Flores Magón en México. Su combatividad los convierte en blanco de la represión del gobierno conservador encabezado por Mario García Menocal que suprime periódicos de tendencia ácrata y expulsa a un gran número de anarquistas españoles. La conducción anarcosindicalista es desplazada más tarde por una dirección comunista que adhiere a la “Internacional Roja de Sindicatos Gremiales” según la grafía del traductor de esta obra publicada en una colección dirigida por John Johnson de la Universidad de Stranford.

Alexander destaca que en 1927 se organiza una segunda central obrera, la Federación del Trabajo de Cuba, encabezada por un inmigrante español, Juan Arévalo que había militado en la península ibérica en las filas del PSOE y en la Argentina en el Partido Socialista fundado por Juan B. Justo. Esta Federación se afilia a la Federación Panamericana del Trabajo.

Las acusaciones levantadas contra Arévalo de servir a los intereses de Machado, son para Alexander un inveto infundado de comunistas e izquierdistas, ya que con posterioridad a 1933 en *“una especie de juicio, éste fue absuelto de todas esas acusaciones”*.

En 1930 el movimiento huelguístico es violentamente reprimido y es también en ese año en el que se constituye el primer sindicato nacional de trabajadores de la principal actividad económica del país, el azúcar, bajo el amparo de la Confederación Nacional Obrera Cubana (bajo el predominio de los comunistas).

Para Alexander es relevante el papel desempeñado por el movimiento obrero en la destitución del dictador, aunque considera que el papel de vanguardia le corresponde a los estudiantes que declaran una huelga general *“secundada espontáneamente”* por los trabajadores de La Habana y del resto del país. La huelga general adquiere la fisonomía de carácter revolucionario contra el régimen, gracias a que *“fue fomentado bastante por las maniobras, entre bastidores, del embajador de los Estados Unidos”*.

Al alcanzar la crisis su punto más crítico, y sintiéndose Machado abandonado por sus antiguos aliados invitó al Palacio Presidencial a los dirigentes de la CNOC y *“les ofreció un pacto”*. Los comunistas aceptan desistir de la huelga general, pero dado que no ejercían la dirección real del movimiento Machado cae, *“a pesar de los esfuerzos de último minuto que los comunistas hicieron por sostenerlo”*.

De manera contrastante, no deja de ser llamativo el hecho de que Fulgencio Batista publique en 1960, tras su caída, el libro Respuesta ... y allí, a pesar del claro tono de denuncia contra la *“tiranía roja”*, *“el proceso anarco-comunista”* y *“el régimen pro-comunista que personifica omnipotentemente Fidel Castro”*, no mencione la posible existencia de un pacto entre Machado y los comunistas; al contrario se afirma que el Partido Comunista dirigió la huelga general. Para Batista el embajador Sumner Welles se convirtió en el eje articulador *“alrededor del cual se desarrolló el huracán político más violento de la historia del Caribe”*, pero en última instancia fue el pedido de los jefes militares ante la situación incontrolable que se había creado lo que precipitó la renuncia de Machado el 12 de agosto de 1933 . Claro que no estamos citando una obra de factura científica, por lo tanto esta versión no tiene porque ser preferible a la planteada por Alexander; sin embargo, por tratarse del testimonio de un protagonista de los acontecimientos de aquella coyuntura conviene no dejar de registrarlos para incorporarlos como insumos para el análisis.

3.-

La Revolución Cubana afirma Halperín Donghi tuvo un impacto “*complejo y ambiguo*” sobre la producción historiográfica de la isla. Subraya que la vieja Cuba contó con una “*vigorosa y compleja*” tradición historiográfica nutrida por los aportes de dos figuras destacadas provenientes de otras disciplinas como: Fernando Ortíz y Ramiro Guerra y Sanchez. La ruptura revolucionaria y su definición socialista hace que algunos historiadores emigren, como el caso de Levi Marrero, mientras otros permanecen o retornan del exilio como Guerra y Sánchez o Julio Le Riverend. La producción más lograda de la nueva Cuba orientada por el paradigma marxista en los estudios sociales es la magistral obra de Manuel Moreno Fragnals: *El Ingenio*, aunque Halperin se apresura a subrayar que esta también “*tiene sus raíces en la historiografía cubana pre-revolucionaria, pero lejos de lo que había sido su línea dominante*”, estableciendo lazos de filiación con una obra como *Azúcar y Abolición*, publicada por Raúl Cepero Bonilla en 1947.

Halperin destaca también que la necesidad de “*los nuevos gobernantes*” de reforzar una tradición de lucha revolucionaria ininterrumpida desde 1868 y 1959 termina dejando de lado inferencias historiográficas abiertas a partir de la visión de Moreno Fragnals, aún cuando se reconoce la excelencia de su trabajo; tal es el caso por ejemplo del poco entusiasmo suscitado por la valoración hecha sobre José Antonio Saco por Juan Pérez de la Riva.

Por su parte Carmen Almodovar Muñoz señala que 1968 ha sido un año clave para la historiografía de Cuba y la orientación principal la ha brindado el Comandante Fidel Castro en su discurso Cien Años de Lucha en conmemoración del inicio de la Guerra de los Diez Años, un 10 de octubre de 1868. Indica además la existencia de temáticas prácticamente inexploradas por la historiografía anterior a la revolución, como el caso del movimiento obrero y en tal sentido rescata la labor desarrollada por Fabio Grobart para el estudio de las luchas sociales, a partir de la metodología marxista que este autor propone y la propia experiencia que refleja y transmite en el artículo: “El movimiento obrero cubano de 1925 a 1933”.

Para cubrir el vacío historiográfico se publican distintas compilaciones de documentos, sobre el convulsionado período que va de 1924 a 1934 aparece en 1973 la antología preparada por Mirta Rosell con el título *Luchas Obreras contra Machado*. El libro se abre con un epígrafe en el que se transcribe un fragmento del mencionado discurso de

Fidel Castro en La Demajagua, el líder de la Revolución Cubana plantea: *“es necesario revolver los archivos, examinar los documentos para que nuestro pueblo, nuestra generación de hoy, tenga una clara idea de como gobernaban los imperialistas, que tipo de memorandums, que tipo de papeles y que tipo de insolencias usaban para gobernar esta país, al que pretendían llamar país 'libre, independiente y soberano’”*. Se estimula la exploración documentada del pasado para promover el desarrollo de la conciencia revolucionaria, no puede plantearse la actuación presente sin la comprensión de ese pasado; el conocimiento histórico se convierte en una herramienta esencial de la política. Fidel concluye: *“desgraciadamente, mucho tiempo hemos vivido ignorantes de muchos hechos de la historia”*.

En la Introducción la autora hace un repaso de Gerardo Machado y sus relaciones con Estados Unidos. Hace notar que tras su triunfo electoral este viaja a ese país y en un almuerzo en la Arbitration Society of America reafirma el propósito de lograr antes que concluya su mandato la derogación del Tratado Permanente (Enmienda Platt), pero que una vez instalado en el Palacio Presidencial desaparece de su vocabulario la expresión “derogación”.

Se subraya el enfrentamiento temprano de este con el movimiento estudiantil. Julio Antonio Mella es detenido, este da inicio en la cárcel una huelga de hambre de enorme repercusión y se constituye el Comité Pro Libertad de Mella generando un espacio de confluencia entre obreros y estudiantes. Hasta la prensa conservadora tuvo que pedir por la vida del dirigente estudiantil; y su abogado Rubén Martínez Villena dirá del presente: *“¡Ese es un salvaje..., un animal..., una bestia... Es un asno con garrás!”*. Expresión que sería recogida por la historia.

En ese mismo año, 1925, se funda el Partido Comunista, que cuenta entre sus filas con Carlos Baliño, Julio Antonio Mella y la orientación del delegado del comunista mexicano Enrique Flores Magón. El Congreso se realiza apenas transcurridos tres meses de la instalación del nuevo gobierno, pero la actividad debe desarrollarse en la clandestinidad. Rosell acepta como criterio de autoridad el texto de Blas Roca respecto a la caracterización que los comunistas hacen respecto de la central alternativa a la CNOC. Para ellos la Federación Cubana del Trabajo está auspiciada por Machado y los dirigentes proimperialistas de la AFL y la COPA, se trata de una organización obrera que se propone:

“desorientar, dividir, tricionar y paralizar a la clase obrera cubana”, mientras la CNOC se erige como la tendencia: “revolucionaria clasista, antimperialista”.

Rosell cita la conferencia pronunciada por Fabio Grobart en la Universidad de La Habana en 1966 y transcribe el reconocimiento que Machado obtiene durante los primeros años de su gobierno. En 1926 la Universidad de La Habana le otorga el título de Doctor Honoris Causa y el movimiento obrero se encuentra *“neutralizado”*, debido al vasto plan de obras públicas emprendido por el líder del Partido Liberal. *“Esta situación, más las debilidades del movimiento obrero y bpopular [...] es la que permite a la dictadura pasar, sin una amplia resistencia de masas, a la ofensiva contra los derechos y libertades democráticas y desatar una ola de terror contra el movimiento obrero”.*

Mella marcha al exilio y Rubén Martínez Villena se convierte en el máximo dirigente del partido y de la central sindical, pero mientras los estudiantes despliegan una agitación opositora permanente el ascenso de las luchas obreras lo hace a un ritmo mucho más lento. Sin embargo para principios de 1930 el gobierno pone por decreto en la ilegalidad a la CNOC, mientras que la autora deja constancia que al mismo tiempo la Unión Federativa Obrera Nacional dirigida por Juan Arévalo, adherida a la COPA, no puede ocultar su carácter de *“organismo policíaco”* y de constituirse en *“un instrumento para la represión de la clase obrera”.*

La huelga general de 1930 al paralizar durante 24 horas totalmente la producción e involucrar a una masa de 200.000 obreros se convierte en un salto organizativo y de conciencia en la lucha antimachadista. Con la participación de delegados de 32 ingenios, en diciembre de 1932 se celebra en las Villas, la Primera Conferencia Nacional de Obreros de la Industria Azucarera. El flamante sindicato (SNOIA) aprueba un pliego de reivindicaciones y lanza un importante movimiento huelguístico en los ingenios durante la zafra de 1933. Se pone en marcha una organización de alcance nacional del estratégico sector de la economía nacional.

La represión no se hace esperar y son expulsados del país numerosos militantes anarquistas de origen español que se encontraban ocupando destacados cargos de responsabilidad tanto en la CNOC como en la Federación Obrera de La Habana. La multiplicación de las huelgas se acompaña del incremento del terrorismo implementado desde el Estado. Los asesinatos políticos se vuelven moneda corriente.

La crisis del 30 provoca una sensible disminución de los precios y de la producción azucarera, tornando a la zafra de 1933 en la más pequeña de los últimos veinte años. Numerosos ingenios pequeños están paralizados y la zafra de aquel año la realizan apenas 125 ingenios. El desastre de la industria azucarera se transmite a otros rubros. El consiguiente crecimiento de la desocupación facilita a las empresas imponer condiciones de trabajo de mayor explotación y una sensible disminución de los salarios. Un empleado ferroviario que en 1929 percibía un ingreso mensual de \$2,10 en 1933 es de apenas \$1, mientras que los mecánicos y demás obreros del batey en los centrales azucareros apenas llegan a \$0,83 por día. Si se compara los salarios devengados en 1933 representan la mitad de los salarios vigentes en 1923.

El gobierno dictatorial de Machado coloca al aparato estatal al servicio de la ofensiva patronal, pero el descontento generado por la crisis impulsaba a amplios sectores de la sociedad a plegarse a una oposición cada vez más movilizada. El gobierno clausura a fines de 1930 la Universidad de La Habana y las actividades del ABC se hacen cada vez más intensas. Por su parte el gobierno de los Estados Unidos interpretando lo grave de la situación cifra en Sumner Welles la expectativa de negociar el alejamiento de Machado de la presidencia y la conformación de un nuevo gobierno que reconduzca el descontento social por carriles que no pongan en cuestión el sistema en sí.

Rosell se encarga de transcribir la percepción que el embajador norteamericano transmite al Secretario de Estado Hull sobre la extensión y contundencia de la huelga general. La tiranía es barrida finalmente por el *“empujón incontenible de las masas”*. El 12 de agosto de 1933 Machado se aleja del poder, pero a los ojos de Sumner Welles sigue siendo muy grave la situación en los grandes centrales, según sus propias palabras: *“Sólo aceptando las demandas presentadas por los huelguistas del central Punta Alegre pudo evitarse la destrucción del central y la posible pérdida de la vida del administrador norteamericano y su familia. Si estas cosas se mantienen es inevitable un estado general de caos”*. De acuerdo a estos fragmentos y a la narración de los acontecimientos propuestos en la Introducción, los comunistas siguen una línea rectilínea, sin quiebres, entre lo publicado el 1 de agosto de 1933 en El Trabajador, órgano del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, llamando a la huelga general contra Machado y contra la *“mediación”* propuesta por Welles; y el 12 de agosto en que se desploma la dictadura en que la huelga general

había ganado extensión y calidad, al transformar el pliego económico en la consigna política de “¡Abajo Machado!”. De modo que aquí no se menciona la existencia de un pacto entre Machado y los comunistas como afirman Alexander y Aguilar, y es la huelga general dirigida por la CNOC un componente esencial del empuje de masas que garantiza la caída de Machado.

En la sección documental se incluye, entre otras muchas fuentes, una Carta del presidente de la Hermandad Ferroviaria dirigida al Presidente de la República con fecha 10 de enero de 1927, donde Oscar Díaz destaca que la Hermandad Ferroviaria se halla “*identificada con las prácticas de normalidad y alta cultura de su Gobierno, de la que se han derivado tantos beneficios para el país y tanta gloria personal justa para usted*”, una misiva firmada por Juan Arévalo, en el que queda plasmada claramente la alineación de este con el General Gerardo Machado, destinatario de la misma. Pero la adhesión de la Hermandad Ferroviaria no aparece expresada exclusivamente en términos ideológico-política, sino que además se proyecta a la esfera de colaborar con la persecución de elementos obreros comunistas, percibidos como disolventes y antipatriotas. Estos documentos son una clara refutación a los dichos de Robert Alexander respecto de la independencia de Arévalo y la Federación del Trabajo de Cuba frente a la dictadura.

4.-

“*El campo de la historiografía cubana presenta hasta hoy grandes lagunas, y entre las más importantes se halla la falta de una historia del movimiento obrero.*” Con estas palabras se abre la Historia del Movimiento Obrero Cubano compuesta por el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba y publicada en 1985. Se trata de una obra colectiva, preparada por 15 investigadores, la mayor parte de ellos recién egresados de la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana o de otras disciplinas del campo de las ciencias sociales. Esta producción de un organismo anexo al Comité Central del Partido Comunista de Cuba, tuvo que enfrentar la carencia tanto de “*un número satisfactorio de cuadros científicos*” como de fuentes de información documental. El libro está dividido en cinco períodos y aquí nos interesa detenernos en el tercero, el que cubre el período de la dictadura reaccionaria de Machado y se extiende hasta el aplastamiento sangriento por parte de Batista de la huelga general de marzo de 1935.

En el apartado: “La situación del país en 1933 y el derrocamiento de Machado” se exagera el entendimiento de Machado con el embajador Welles y se coloca en un primer

plano la oposición que ejerce el Partido Comunista de Cuba a la “mediación” como equivalente del antimachadismo. De modo que se termina caracterizando al ABC como una fuerza que respalda a Machado y al intervencionismo norteamericano por temor a la “*revolución popular que se aproximaba*”. Siguiendo una afirmación de Carlos Rafael Rodríguez, sería la influencia que proyecta el PCC en los grupos obreros, estudiantiles y pequeñoburgueses el que determina el carácter opositor de la CNOC, el Ala Izquierda Estudiantil, la Liga Antimperialista, etc.; aunque reconoce que “*personalidades relevantes*” como Antonio Guiteras también fueron consecuentes luchadores antidictatoriales.

A diferencia de la tesis planteada por Alexander, se muestra como desde fines de julio la huelga comienza por el sector del transporte urbano: tranvías y ómnibus, a la que solidariamente se van plegando nuevos sectores de la economía, hasta la paralización significativa en el comercio, los bancos y la industria. La suma de huelgas parciales, transforman a estas, “*de hecho*”, en huelga general. En esta versión historiográfica el accionar huelguístico de agosto se presenta dirigido por el Partido Comunista y la CNOC, al que adhiere de manera “*entusiasta*” el Directorio Estudiantil. El pliego de reivindicaciones económicas muta objetivamente hacia el contenido político antidictatorial con la consigna: “*Abajo Machado*”; sin que el Partido ni la Central sindical que dirige el proceso se percataran de ello. Por ello se evalúa como un error el llamado de los comunistas de volver al trabajo en la medida que las huelgas parciales obtenían la satisfacción de su demanda circunscripta a la esfera económica. También se considera una “*miopía*” que los dirigentes del partido no se propongan derrocar a Machado con el argumento correcto de que el nuevo gobierno a ser entronizado no sería revolucionario, sino burgués-terrateniente aliado al imperialismo. “*Dicha conclusión fue profundamente falsa, por ser mecánica, por no basarse en un análisis correcto del desarrollo dialéctico de la situación y, esencialmente, por no tener en cuenta que las masas revolucionarias, enardecidas por la victoria sobre Machado y orientadas en su acción por una justa política de su vanguardia marxista-leninista, sí podrían asegurar cambios profundos.*”

A diferencia del texto anteriormente analizado aquí se reconoce el entendimiento entablado por la dirección del partido y la CNOC con Machado, permutando la satisfacción de las demandas económicas de los trabajadores por la vuelta al trabajo. Corresponde a los obreros de la capital del país -“*que fueron los únicos que se enteraron de esa actitud*”-

mantener el curso de la huelga general hacia el objetivo político, obligando al PC y la CNOG a rectificar el “*error momentáneo*”. El 7 de agosto la escalada represiva policial alcanza nuevas cotas con un saldo de 20 muertos y 170 heridos. El embajador Benjamín Sumner Welles apela a la oficialidad del ejército y el 11 de agosto los militares solicitan la renuncia de Machado, cosa que se concreta al día siguiente.

5.-

Para la historiografía cubana el rol de la huelga general en la caída de Machado está fuera de discusión, como es un hecho bien establecido el acercamiento de Machado a los comunistas en su intento de última hora por mantenerse en el poder. Lo que sigue apareciendo como materia de re-interpretación es la motivación de la dirección comunista para adoptar dicha conducta. En una obra impresa en 2005 la problemática es revisada a la luz de un corpus documental desconocido por historiadores anteriores. Nos referimos a la historia del primer Partido Comunista de Cuba preparado por Angelina Rojas Blaquier, graduada de la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana y doctorada en la Academia de Ciencias Sociales de Bulgaria.

La obra se propone cumplir con una deuda de la historiografía nacional, la reconstrucción de las tácticas y estrategias seguidas por el PCC en el período de 1925 a 1935. El vacío historiográfico es evidente en la materia, ya que el único antecedente que podría citarse es el trabajo de García Montes y Alonso Avila publicado en Maimi en 1970. Para avanzar en este camino Rojas Blaquier cuenta con el valioso archivo de la Internacional Comunista referido a su sección cubana, cuyos papeles fueron trasladados a la isla tras la desintegración de la URSS.

En el capítulo dedicado al ascenso del movimiento popular en la etapa comprendida entre 1930 y 1933 la autora comienza indicando el peso de la crisis mundial capitalista para Cuba en el plano económico, social y político. Pero la radicalidad y vertiginosidad con que se precipitó la crisis política encontró al PCC en una posición no del todo sólida; ello era resultado de múltiples factores: el ser blanco permanente de la represión estatal, la insuficiente preparación teórica de los cuadros, la aún débil inserción en el campo sindical y la estrecha dependencia y subordinación a los dictados de la Internacional Comunista. Un indicador aberrante de esto último, es para la autora, es la resolución del VI Congreso de la

IC, en el que se prescribe: *“rechazar cualquier coalición del Partido Comunista con la oposición nacional reformista”*.

Ganado por el clima del “período sectario” el PCC anuncia que Cuba ha entrado en una coyuntura en la cual la revolución democrático-burguesa debía devenir en revolución proletaria, para ello se coloca en el orden del día la creación de soviets y la preparación de la insurgencia armada. La huelga general en su decurso debe conducir al triunfo de la revolución que aplaste al machadismo e instale un régimen soviético. Para poder cumplir con estas expectativas el Partido debía concentrar su trabajo político-organizativo en el proletariado, el campesinado, las capas pobres de la burguesía urbana y los negros, auténticos motores del carácter agrario y antimperialista que debía adoptar el proceso.

Machado y su Secretario de Gobernación, el comandante Zayas Bazán, tenían una larga actuación en materia de deportación y persecución al movimiento obrero de ideas avanzadas. La intensidad de las mismas fueron *in crescendo*, las cárceles se llenan de militantes sindicales, pero sin embargo las tareas organizativas y agitativas no se detienen. A comienzos de 1931 el PCC, junto a sus pares de México y Estados Unidos emiten un Manifiesto en el que convocan enérgicamente a los obreros y campesinos a luchar de manera autónoma *“contra las facciones burguesas, por el derrumbamiento del régimen burgués imperialista y por la implantación de gobiernos obreros y campesinos en Cuba y México”*. Estas radicales definiciones no impedía que el Partido se presentara en las elecciones de 1932, utilizando la instancia electoral como un escenario más para difundir la plataforma de las demandas inmediatas de obreros, campesinos y pequeña burguesía empobrecida, bajo la consigna *“vote comunista”* se busca generar en las masas una conciencia de la situación económica social y las posibilidades de su transformación revolucionaria.

En el plano externo, el PCC debía enfrentar una dura represión. En 1932 el propio Comité Central tuvo que ser reconstituido en cinco oportunidades debido a las constantes detenciones. En el plano interno, desde julio de 1931 se desata una lucha contra el grupo que encabeza Sandalio Junco, *“ganados por el principio teórico trotskista de que el triunfo de la revolución en América Latina dependería de la conquista del poder por el proletariado de los Estados Unidos, se opusieron a la táctica partidista para la realización de una revolución democrática, agrarista y antimperialista.”* Rojas Blaquier infiere,

aunque no presenta una documentación taxativa, que para Sandalio Junco “y sus acólitos” la inexistencia de un proletariado industrial típico de los países de un alto grado de desarrollo capitalista impide proponerse objetivos revolucionarios, “*de esa suerte, en las circunstancias de Cuba, sólo podía aspirarse a determinadas reformas políticas*”. Queda en un cono de sombra las razones por las cuales el PCC lo propuso para asistir como delegado de la CNOC a Montevideo en 1929, al congreso constitutivo de la Confederación Sindical Latino Americana, para viajar luego a Moscú e integrarse a la Internacional Sindical Roja. Tampoco se aclara porque el CC del PCC decidió que cursara la escuela de la IC.

Sandalio Junco se enfrentó a Rubén Martínez Villena y a Joaquín Ordoqui en Moscú en 1931. Losovsky, máximo dirigente de la Internacional Sindical Roja, toma partido por el primero, sin embargo ello no impide que finalmente sea expulsado del PCC. En el tono típico que suelen recibir los herejes en las historias oficiales se concluye: “*El rápido desenmascaramiento de su actividad y la expulsión del PCC, fue la culminación de un período de lucha contra el oportunismo que ese grupo trató de infiltrar en el movimiento obrero y popular*”.

Desde 1932 se vuelve a poner en jaque el sistema de dominación. Las huelgas obreras, el activismo estudiantil, la resistencia armada y la formación de nuevas organizaciones antimachadistas se desplegaron como un gran espectro opositor cubriendo un arco que abarca desde figuras conservadoras como Mendieta y Menocal hasta el Partido Bolchevique Leninista fundado por Sandalio Junco en septiembre de 1933 y de clara orientación trotskista. Por su parte el PCC multiplica su presencia en el movimiento sindical, fundamentalmente en el terreno de la industria del azúcar, pero también exhibe un positivo avance en materia de organización de los desocupados, de los campesinos, en defensa de las mujeres, contra la discriminación racial (constituyendo el buró chino, hebero, etc.).

Rojas Blaquier reconoce este notable avance pero subraya que el mismo no es lo suficientemente consistente como para permitirle al Partido jugar el rol dirigente que demanda la creciente ola huelguística que se experimenta desde fines de 1932. Ello se debe a: 1) la sistemática represión de la que era víctima principal los cuadros y simpatizantes comunistas, y 2) la aplicación de la línea sectarias trazada por la Internacional Comunista

que aislaba al CC del vínculo con otros partidos burgueses opositores como el ABC. La propia dirección partidista evalúa que la ola huelguística supera las posibilidades del mismo de convertirse en su conducción efectiva. Un elemento negativo que se suma, según la autora, es la disposición del Buró del Caribe que insta al PCC a no mantener ningún tipo de vínculos con los *“renegados del Partido”*, lo que en el ámbito sindical dejó un amplio terreno de maniobra a fuerzas competidoras, en particular al no querido grupo liderado por Sandalio Junco.

En ese contexto de crecimiento de las luchas, orientadas por múltiples tendencias, el PCC se distancia de las orientaciones del Buró del Caribe y se da a la tarea de fortalecer el frente único para desplazar a las direcciones anarquistas o reformistas. En el mismo sentido se decide apoyar y participar de las acciones guerrilleras que tiene por epicentro el cuadrilátero formado por Yaguay, Sancti Spiritus, Ciego de Avila y Morón, para ello se elaboró un plan de acción específico.

La llegada del enviado de Roosevelt y el inicio de la “mediación” introdujo un nuevo componente en el escenario. La presencia e injerencia norteamericana a través de la presencia del embajador Sumner Welles fue un elemento simbólico que aceleró el proceso de radicalización de las masas, expandiendo y acentuando la configuración de una conciencia plenamente antimperialista. También queda al descubierto la voluntad de subordinación a la iniciativa de Estados Unidos de una parte considerable de la oposición al machadismo. Como ya hemos visto, en julio se multiplica la actividad huelguística y al mes siguiente se produce la caída de Machado, a pesar de que Rubén Martínez Villena y el PCC proponen volver al trabajo y sostener el gobierno de Machado antes que la intervención directa de los Estados Unidos, u otro gobierno de corte igualmente burgués.

En esta Historia del PCC se considera injusto que se responsabilice a Martínez Villena de una resolución que fue compartida por la cúpula partidaria, y además se propone revisar la línea del Partido sostenida durante el período porque, según Rojas Blaquier, allí es donde se encuentra la causa del error; pero, y este es el argumento de fondo, la línea se halla sobredeterminada por las directivas emanadas de la IC.

El 1ro de mayo el PCC publica un Manifiesto encuadrado en las nuevas coordenadas trazadas por el VI Congreso de la III Internacional en donde se postula que: *“sólo la revolución agraria antimperialista, sólo un gobierno obrero y campesino sobre la*

base de los soviets, puede barrer la sangrienta dictadura de Machado (...) contra el 'arreglo' de S. Welles y el frente único de los explotadores, opongamos el frente de hierro de los explotados bajo la hegemonía de la clase obrera y la dirección del PC.” Dado que las condiciones imperantes estaban lejos de mostrarse como ese momento en que el poder pudiera pasar del elenco gobernante al poder soviético, las huelgas no podían tener otra función que ir abonando el terreno que permita finalmente desembocar en una situación revolucionaria *strictu sensu*. Para el PCC se trata huelgas económicas que se combinan con paros solidarios, lo cual implicó objetivamente que se “*subestimó las potencialidades del movimiento huelguístico*”.

El 2 de agosto los miembros del Secretariado del Partido llegan a la conclusión que lejos de cumplirse los requisitos que permitan hablar de una situación revolucionaria sería un error ver en la huelga la insurrección. El día 3 se elabora un manifiesto con las rúbricas de CC del PCC y la CNOC, en el cual se indica que la sumatoria de huelgas particulares “*han creado una situación de huelga general en el país, como forma de lucha de los obreros y de la población laboriosa en general, por el mejoramiento de sus condiciones de vida [...]*”. Por esos días el ABC y el sector sindical que sigue a Sandalio Junco convocan a sostener la huelga general por tiempo indefinido, es decir hasta la caída de Machado. La FOH llama a la insurrección. El día 4 el Secretariado incorpora las demandas políticas de lucha contra Machado, la mediación de Welles y los opositores burgueses, pero mantiene la tesis del carácter esencialmente económico del movimiento. El CC acuerda convocar a la huelga general, pero sin fijar una fecha para la misma; aunque para la noche de ese mismo día el Buró Político comprueba que no es posible llamar a la huelga general porque, de hecho, esta ya se ha producido. El 5 de agosto el CC ratifica su interpretación en favor de las resoluciones sectoriales de las mismas y contraria a la huelga indefinida. Es entonces cuando Machado decide negociar con los comunistas otorgando a la CNOC lo petitionado.

Rojas Blaquier informa que el Buró del Caribe remite un confuso telegrama al CC: “*Demoren venta final*”. La dirección del PCC decide llevar adelante la propuesta de volver al trabajo, formulada por Rubén Martínez Villena y otorgar una sobrevida a Machado, ahora dependiente del apoyo que le brinden sectores populares. Esto es interpretado por la autora como compatible con la línea que impulsa la IC, ya que esta al formula “*que el*

próximo paso era la revolución agraria antimperialista y el establecimiento de los soviets mediante la lucha armada, y para ello 'un proletariado desarmado' no estaba en condiciones 'de lanzarse a una insurrección victoriosa'. Esa carencia facilitaría que la oposición burguesa se 'aprovechase de la huelga para derrocar a Machado y mantener el poder'". Esta línea explicativa no aparece avalada por los documentos que se citan de la IC, y a juzgar por la conducta que parecen adoptar los miembros ligados a la Internacional son más bien críticos de la decisión, llegando a plantearse inclusive el pedido de expulsión del PCC de Rubén Martínez Villena, tras ser acusado de mantener posiciones reformistas.

Por su parte los trabajadores del transporte en asamblea rechazan la suspensión de la huelga y mantienen la consigna: *"ni un paso atrás, que se vaya el animal"*. Esto hace que *"la dirección del Partido decidió que continuara el paro"*.

Producido el derrocamiento de Machado el CC se reúne para analizar lo actuado, allí Fabio Grobart señala: *"Hay que reconocer un error grave. El Partido ha luchado durante toda la dictadura de Machado y terminó por no luchar cuando estaba al caer"* para agregar en un tono no menos crítico: *"Cuando los compañeros no entienden nada de la huelga general es natural que vayan a Palacio"*. Para este integrante del CC el error principal no reside en ordenar la vuelta al trabajo, sino que ello emerge como consecuencia lógica de lo anterior, es decir, de la incomprensión teórico-práctica de la huelga general. En esa misma Acta Ordoqui deja asentado que la dirección del Partido *"se asustó demasiado"* (sic) con el levantamiento de masas para el cual no estaba preparada.

El trabajo tiene la virtud de no ocultar las limitaciones y errores del objeto de análisis, de manera taxativa se expresa que los obreros y las masas populares son las principales fuerzas que conducen a la caída de Machado, pero que en estas acciones la dirección del partido *"mostró su retraso"*. Desde las filas del propio Partido se va a insistir que el error no sólo debe ser reconocido al interior de la cúpula partidaria, sino que debe quedar esclarecido el asunto frente a los obreros; por ello se aprueba que los más responsables de la línea fallida procedan a realizar una declaración pública vehiculizada por la prensa del Partido.

En última instancia, para Rojas Blaquier la evidente incapacidad de la dirección partidista tiene su origen en la orientación brindada por la Internacional Comunista según las coordenadas del tercer período, lo que condujo a terminar la huelga como forma de

confrontar con la oposición burguesa, en el momento en que esta proclamaba el carácter indefinido de la huelga general, para apropiarse así del movimiento.

El capítulo analizado resulta muy estimulante para retomar una discusión que amerita un análisis más profundo como es la relación que se estableció entre la Internacional Sindical Roja y el movimiento obrero en América Latina, y de una manera directa con el tema que estamos tratando la influencia de Losovsky, máximo dirigente de la ISR, en la Cuba de los años '30. El título de una de sus obras, bien pueden plantearse como disparador para el debate en función del repaso historiográfico planteado: De la huelga general a la toma del poder.